



PASOLINI, Ricardo. **Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX**, Sudamericana; Buenos Aires; 2013; [202 páginas].

Por Federico Martocci  
(IESH, UNLPam-CONICET);  
[fedmartocci@hotmail.com](mailto:fedmartocci@hotmail.com)

---

No es casual, si recorremos las investigaciones anteriores de este historiador argentino de enorme trayectoria, que Ricardo Pasolini inicie este libro, cuyo título es bien provocador, citando un poema de Juan Antonio Salceda en el que el escritor de Tandil hacía suya en 1962 una interpretación de la nación que, *a priori*, cualquiera podría suponer que estaba en las antípodas de la intelectualidad comunista argentina del siglo XX. Concluía esos versos instando a llevar a cabo los anhelos frustrados de personajes como Rivadavia, Alberdi, Sarmiento y Echeverría, es decir, de lo que se ha denominado la *tradición liberal*. ¿Era el de Salceda un caso excepcional? Pasolini trata de demostrar que no, puesto que su principal hipótesis consiste en que la particular combinación entre tradición liberal y comunismo fue una experiencia cultural común a una generación de intelectuales del Partido Comunista que habían arribado al ámbito de la cultura en 1935, cuando se formó la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), de clara tendencia antifascista. Es por esta razón que, según él, el componente liberal adquirió en Argentina una significación mayor que en la de otros comunismos de América Latina. A diferencia de su obra *La utopía de Prometeo. Juan Antonio Salceda: del antifascismo al*

*comunismo*, o del libro *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, de Omar Acha, donde se analizan itinerarios comunistas individuales<sup>1</sup>, Pasolini realiza aquí un abordaje de carácter colectivo, por ello *Los marxistas liberales* en plural.

En la introducción el autor justifica la perspectiva cultural a partir de una serie de motivos bien específicos. Por un lado, porque los propios actores se definían a partir de su accionar en el mundo de la cultura y de la política cultural. Por otro lado, porque el Partido Comunista experimentó el ingreso de intelectuales desde la década del treinta. Por último, porque el recorte temporal se caracteriza por un clima en el que convergían modos de *sentir* lo político: a saber, la convicción del papel activo y emancipador de los jóvenes, la urgencia de la renovación moral de la sociedad, la visualización de la clase obrera como sujeto histórico del cambio revolucionario y la certeza de que el intelectual debía asumir un compromiso concreto en la lucha contra el fascismo. El peligro que entrañaba este último fenómeno, ya sea real o imaginario, interpeló de manera concreta a las tradiciones políticas preexistentes sobre su proyección futura, motivo por el cual el antifascismo se convirtió en el fundamento de la identidad política en el largo plazo. Así, entiende Pasolini, se explica que a mediados de los años setenta aún se observe la incidencia del *momento antifascista* en la generación que participó de la AIAPE.

En el primer capítulo se estudia detenidamente la AIAPE, como así también el rol que tuvieron en ella intelectuales como Aníbal Ponce y Cayetano Córdoba Iturburu, dos de los más representativos. Sin embargo, esto no se comprende sin tener en cuenta la influencia de los antifascismos italiano y francés, del fluido vínculo con intelectuales europeos y del conocimiento de sus formas de organización cultural. En este sentido, se destaca el Comité de Vigilance des intellectuels antifascistes de París, que hizo las veces de modelo de referencia al respecto. Los integrantes de la AIAPE provenían de diversas extracciones ideológicas, todas ligadas a las izquierdas, y tenían como consigna central la defensa de la cultura. Muchos de ellos inclusive pensaban a la Reforma Universitaria como un lazo para establecer filiación con el componente emancipatorio juvenil, o bien con el objetivo de ligar adhesiones desde una perspectiva *frentista*, aunque, vale decir, estos intelectuales poco aportaron a la conformación un frente popular. Pero si hay una figura que brindaba homogeneidad a estos antifascistas esa era la de José

---

<sup>1</sup> Las citas completas de los libros mencionados son las siguientes: Pasolini, Ricardo; *La utopía de Prometeo. Juan Antonio Salceda: del antifascismo al comunismo*; UNCPBA; Tandil; 2006 y Acha, Omar; *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*; Eudeba; Buenos Aires; 2006.



Ingenieros, el “maestro de la juventud”. A su vez, él simbolizaba el nexo intelectual que amalgamaba la tradición liberal con las diferentes orientaciones de izquierda.

Pese a los intentos por eliminar las tensiones internas, en la AIAPE continuaron existiendo diferencias notorias en torno a cuestiones importantes, entre ellas la política de alianzas que debían seguir, los alcances del compromiso político como legitimación de los intelectuales y, quizá la más trascendente, la lectura en torno a la validez del modelo soviético como ideal de futuro social. Con el alejamiento en 1936 de Ponce, el histórico discípulo de Ingenieros y un hombre clave en la AIAPE, la línea liberal se debilitó considerablemente a la vez que el grupo comunista liderado por Emilio Troise ganó terreno claramente entre fines de 1937 y comienzos de 1938. Pasolini habla de “disciplinamiento interno” para caracterizar este momento: el abandono de la entidad por Liborio Justo alegando la “estalinización” ocurrida y las expulsiones de César Tiempo y Samuel Eichelbaum contribuyen a abonar el planteo del autor. Para 1943 los comunistas tenían clara hegemonía en la entidad. El golpe militar de ese año clausuró la AIAPE, pero no logró desarticular el núcleo intelectual original, puesto que permaneció fuertemente vinculado hasta la década del setenta.

En el segundo capítulo se exploran las publicaciones de la AIAPE, el posicionamiento intelectual de Ponce y el valor otorgado por los antifascistas a la tradición liberal, especialmente en el contexto de los años treinta. Para comenzar, el autor inscribe la aparición de las revistas *Unidad* (1936-1938) y *Nueva Gaceta* (1941-1943), los espacios más visibles (no los únicos) en los que expusieron sus ideas los integrantes de la entidad, en una coyuntura signada por la proliferación de publicaciones de carácter cultural, entre las que destaca como antecedente a la *Nueva Revista* (1934-1935), dirigida por Córdoba Iturburu e identificada con un sector de la izquierda universitaria. Entre las temáticas más presentes en las páginas de *Unidad* estaban las referidas a la naturaleza del fascismo, a la experiencia de los frentes populares y al rol que debía asumir entonces el intelectual. Bajo la consigna de defender la cultura, esta revista nucleaba a escritores, pero también a artistas como Antonio Berni, Facio Hebequer, Pompeyo Audivert y Lino Spilimbergo, todos miembros de la sección de plásticos de la AIAPE. Cuando se empieza a publicar *Nueva Gaceta*, ya con la entidad antifascista dominada por el grupo de Troise, se le adjudicará a Ponce la credencial de haber sistematizado una cierta imagen del mundo soviético que resultaba esencial para la formación de las nuevas generaciones intelectuales. En la figura de Ponce, quien según Pasolini llegó al marxismo más por preocupación científica que política, se materializaba el abandono de la conciencia burguesa en pos de un nuevo ideario social. Pero además, el discípulo de Ingenieros fue el



principal defensor del panteón liberal argentino a la hora de buscar argumentos para cuestionar los gobiernos de José F. Uriburu y Agustín P. Justo. En definitiva, mientras que en *Unidad* la lucha antifascista de la AIAPE se sintetizaba a partir de la dicotomía *civilización* (matriz liberal que se retrotraía al pensamiento de Mayo) y *barbarie* (fascismo), en *Nueva Gaceta* el carácter civilizatorio radicará esencialmente en la URSS.

En el tercer capítulo se examina el período que se abre con la clausura de la AIAPE y concluye en la concreción del Congreso Argentino de la Cultura, es decir, la etapa comprendida entre 1943 y 1955. A decir verdad, con el golpe militar del 4 de junio se consumó la amenaza que los antifascistas anunciaban desde la década anterior, situación que derivó en persecuciones, encarcelamientos y exilios (sobre todo en Uruguay) de varios integrantes de la AIAPE. En abril de 1945 recién algunos de ellos pudieron volver a afrontar acciones conjuntas: la aparición del semanario *El Patriota*, dirigido por Álvaro Yunque, es una muestra de ello. Esta publicación, de claro contenido opositor al régimen militar, centró la acción en dos cuestiones: por un lado, en la creación de una alianza antifascista de carácter nacional (inspirada en la modalidad *frentista*), el antecedente inmediato de la Unión Democrática; por otro lado, la crítica enconada sobre la fascistización de los espacios culturales, como por ejemplo la Universidad, el Instituto Nacional del Profesorado Secundario y la Biblioteca Nacional, esta última con Gustavo Martínez Zuviría a la cabeza. Otros de sus reclamos se orientaron hacia la plena vigencia de la Constitución, las garantías para poder expresarse libremente, el llamado inmediato a elecciones y la liberación de los presos políticos. La publicación comunista *La Hora*, bajo la dirección de Rodolfo Ghioldi, tomó la posta cuando *El Patriota* dejó de aparecer, dando cuenta así del pasaje a la legalidad del Partido Comunista.

En ese mismo capítulo se analiza cómo se modificó la apreciación del peronismo por parte de los intelectuales comunistas en 1946, cuyo caso más conocido (no el único) es el de Rodolfo Puiggrós, a quien le valió la expulsión de las filas partidarias. La opción entonces era apoyar los actos positivos del gobierno y cuestionar aquellos negativos, convencidos de que más temprano que tarde la base social que apoyaba a Juan D. Perón caería en la cuenta de las contradicciones del líder. En ese contexto, es sugestiva la preponderancia de los temas políticos internacionales y la ausencia de referencias a la situación política argentina en los proyectos editoriales de Bernardo Kordon y Héctor P. Agosti, *Todo el mundo a través del pensamiento* (1946-1947) y *Expresión* (1946-1947), respectivamente. Esto se comenzó a revertir en 1949, cuando se asoció otra vez el peronismo al fascismo y se dio inicio a la segunda época de *Nueva Gaceta*. Las páginas de esta revista recogían las problemáticas locales, con



particular foco en lo referido a la situación social de los artistas y escritores. En relación a este punto, la continuidad temática con la Asamblea Nacional de Intelectuales (creada en 1952) es evidente: sus integrantes entendían que la cultura argentina estaba “condicionada” por el aislamiento de los productores culturales y la distancia existente entre los intelectuales y el pueblo. Además de la férrea crítica a la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y de las reivindicaciones estrictamente gremiales, la Asamblea planteaba que la oligarquía y el imperialismo cegaban el desarrollo de la cultura nacional, concebida esta como una tradición literaria militante cuyos principales referentes eran Sarmiento, Echeverría y José Hernández, entre otros. Estas cuestiones alcanzaron finalmente una dimensión más amplia con el Congreso Argentino de la Cultura (1953-1955), cuyo secretario general fue Agosti.

En el capítulo final, Pasolini se detiene en un hombre clave: Aníbal Ponce. Lo hace no para indagar en su itinerario individual, sino a fin de evaluar las representaciones que forjaron de él otros intelectuales luego de su muerte en 1938. Esta perspectiva permite explicar cómo Ponce pasó de ser el icono de la generación que activó desde la AIAPE la lucha antifascista, a ser considerado un referente central para los intelectuales del Partido Comunista, fuerza política a la que, por cierto, nunca se afilió. Lo que trata de demostrar el autor es, en primer lugar, de qué manera después de su fallecimiento Ponce fue catapultado al lugar de presidente mítico de la entidad antifascista por parte de algunos viejos compañeros de ruta. Y en segundo lugar, intenta dar cuenta de las acciones concretas realizadas desde los años cuarenta por comunistas que participaron en la AIAPE para apropiarse simbólicamente de este intelectual. En 1948, al cumplirse diez años de su muerte, el periódico *Orientación*, órgano del Partido Comunista, le dedicó una sección en su memoria donde escribían, entre otros, Córdoba Iturburu, Salceda y Yunque. Estos dos últimos, además, publicaron en 1957 y 1958, respectivamente, sendos libros en los que examinaban la figura intelectual de Ponce. En 1958 también *Cuadernos de Cultura* editó un número en su homenaje con un prólogo escrito por Agosti. Hacia 1975 se conformó la Asociación Amigos de Aníbal Ponce, presidida primero por Troise y luego por Agosti.

Como señala Pasolini, en la década del setenta la imagen del emblemático presidente de la AIAPE aún tenía fuerza en el debate cultural, hecho que se evidencia con la publicación de sus obras completas, cuya edición estuvo a cargo de Agosti. En el estudio preliminar este último evocaba a un Ponce “reformista”, en una época paradójicamente caracterizada por la profunda radicalización política juvenil. Ello podría ser, según el historiador, una muestra de la vejez de una generación intelectual, pero también el resultado de la persistencia de ciertas sensibilidades políticas gestadas durante el período de



entreguerras para interpretar la realidad argentina. Tal como se advierte en algunos de los casos que analiza, la apropiación de la *tradición liberal* por algunos comunistas que participaron en la AIAPE fue una operación que servía, en esencia, para anclar en el ámbito nacional a un Partido que respondía a una estructura internacional. Además, dicha tradición se empleó muchas veces a modo de “refugio” ante adversidades políticas, tales como el advenimiento de regímenes militares, la proscripción partidaria o la alteración en las políticas del comunismo internacional. En cualquiera de estos casos, la defensa obstinada de la Constitución era considerada un elemento central para garantizar no solo el ejercicio pleno de las libertades civiles, sino además el acercamiento a los viejos aliados del *momento antifascista*.

Para concluir, vale agregar que sin duda el libro de Pasolini es un aporte importante al conocimiento historiográfico sobre un grupo de intelectuales que, nucleados en la AIAPE hacia mediados de los años treinta, recorrió una larga senda ideológica en las décadas posteriores. Dicha senda se caracterizó, claro está, por lecturas contingentes de la realidad social, política y, especialmente, cultural de la Argentina; pero al mismo tiempo, en ese trayecto temporal el autor puede rastrear cómo las referencias a intelectuales destacados del liberalismo nacional, que iban de Rivadavia a Ingenieros (pasando por Alberdi, Echeverría y Sarmiento), estaban presentes una y otra vez, en ciertas ocasiones de manera tensa, en los intelectuales comunistas que intervenían activamente en los espacios culturales. La lectura amena y despojada de las citas y referencias que caracterizan a las investigaciones académicas, hecho que no le resta solidez y rigurosidad al libro, permite que a la obra se acerquen estudiantes, especialistas y otros lectores interesados en la temática. A su vez, *Los marxistas liberales* es un trabajo que contribuye en dos vertientes de estudio: la del antifascismo, un tópico bastante explorado en los últimos años, y la referida a las culturas de izquierda, problemática que desde hace más de dos décadas ha cobrado un desarrollo extraordinario. De este modo, Pasolini deja bien en evidencia los aportes que la historia cultural le puede brindar a las historias de carácter social y político a la hora de examinar el pasado.

